

# BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

**D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.**

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.  
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.  
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios )

## De la Asuncion de la Virgen María.

*Assumpta est Maria  
in caelum, gaudent An-  
geli, letantur Archan-  
geli collaudantes beni-  
dicunt Dominum.*

(La Iglesia en el  
Oficio divino.)

Los misterios de la Virgen no son verdades puramente especulativas que la Iglesia propone á sus hijos para contentar la curiosidad, ó entretener á los ingenios, sino verdades prácticas, utilísimas para dirigir y gobernar nuestra vida, hechos enlazados con la historia de la Redencion, y ejemplos elocuentes que se ofrecen á nuestra imitacion, para que teniéndolos á la vista aprendamos el arte sublime de vivir la vida de los Santos y morir muerte preciosa á los ojos del Señor.

La gloriosa Asuncion de María es á la par que la exaltacion de María su glorificacion y coronacion como Reina de los Angeles y de los hombres, la glorificacion de la naturaleza humana, y la garantía mas eficaz y el estímulo mas poderoso que puede ofrecerse á cada uno de nosotros para obrar el bien, y aspirar al logro de la eterna glorificacion por medio de una vida fecunda en virtudes y buenas obras. Porque la santa muerte de la Virgen, es un eco de su santa vida, y su gloriosa Asuncion á los cielos, si bien es un privilegio, no concedido á ninguno de los mortales, es una consecuencia lógica y natural de los demás altísimos privilegios con que fué enriquecida por el Omnipotente que obró en ella cosas grandes y maravillosas. Pero al mismo tiempo sabe-

mos por este misterio, que á todos nos es dado aspirar á la gloria por medio de los merecimientos y que nuestra muerte será dichosa, si santa fué nuestra vida. Voy, pues, á demostrar por medio de la Asuncion gloriosísima de María la necesidad de una vida verdaderamente cristiana para lograr una muerte gloriosa.

*Ave Maria.*

*(Se continuará)*

#### LA PEREGRINACION Á VALVANERA.

Hemos tenido la dicha de asistir á la grandiosa manifestacion católica con que la Rioja ha puesto de relieve su piedad ardiente y su encendido catolicismo. La Virgen de Valvanera ha sido el poderoso iman que ha llevado al pié de su trono elevado en los montes distercios veinte mil corazones, abrasados por el fuego de la santa fé católica, y dispuestos á dar su sangre por la gloria de Jesucristo, y de su bendita Madre, por la libertad del Papa, por la Unidad Católica y la restauracion social del espíritu católico en nuestra desventurada pátria.

No podemos reseñar en tan breve espacio esta grandiosa manifestacion del catolicismo, que tanto enaltece á los Riojanos. Sabemos que verán la luz pública

reseñas elocuentes, escritas por plumas bien cortadas, y muy conocidas por nuestros lectores. Por eso nos limitamos á dar gracias á Dios por tan fausto acontecimiento, y enviamos nuestros pálcemes al insigne Prelado, Excelentísimo é Ilmo. Sr. Cascajares, afortunado autor y promovedor de la peregrinacion, á los 400 sacerdotes que han cooperado á una obra tan laudable y á los valientes católicos riojanos que sin perdonar gastos, molestias, ni fatigas han concurrido en tanto número á dar público y ruidoso testimonio de su fé. No dejaremos la pluma sin enviar un testimonio de gratitud á los venerables religiosos de Valvanera que se han sacrificado por complacer á los romeros, y agotado su caridad que es inmensa, en obsequio de sus piadosos huéspedes. El elogio de los sermones, predicados por el P. Frutos de la Compañía de Jesús, y el P. Superior de la Casa-Mision del Corazon de María, de Calahorra, no cabe en este breve trabajo, y nos consta que hay escritores católicos que asistieron á la peregrinacion, encargados de publicar hasta los menores detalles de este trascendental acontecimiento.

Lo que conviene, y es de apremiante necesidad, está patente

y todos lo ven, dada la actitud del enemigo de nuestra fé que es el liberalismo; es promover ruidosas manifestaciones que demuestran al enemigo, por su número y entusiasmos que somos *la mayoría*, y la fuerza, el valor y el heroísmo. Demostremos al mundo de las perfidias y de los desafueros, que no tememos sus iras ni nos harán retroceder sus atropellos. *Stoles fortes in bello*. Que las buenas causas, aun perseguidas, aun acosadas, nunca se pierden, si cuentan con defensores resueltos y animosos.

Z. M.

## VARIEDADES.

### BALADAS ESCOCESAS.

#### EL NIÑO IDIOTA.

Suenan las ocho,—en una clara noche de verano:—la luna acaba de salir; el cielo es azul;—el mochuelo vuela en la atmósfera luminosa;—canta no sabe donde;—y prolonga sus gritos solitarios:—hoúl hoúl sus interminables hoúl hoúl

Por qué andais inquieta, alrededor de vuestra cabaña?—Qué significa esa agitación, Betty Foy?—Qué os causa esa ansiedad?—Y por qué habeis hecho montar á caballo,—á vuestro querido niño; á vuestro niño idiota?...

No hay quien sálga de su casa á estas horas,—buena Betty; hacéle desmontar.—En su alegría os hace burrr! burrr! con

los labios; pero Betty, para que le sirven á él—los estribos, la silla y la brida?.....

Sin, embargo, Betty no desiste de su idea;—porque su buena vecina, Susana Gale,—la vieja Susana, que vive sola,—está enferma, y lanza unos suspiros desgarradores;—como si fuera á entregar su alma á Dios.

No hay una sola casa, en una milla á la redonda,—ni una mano amiga, para socorrerla en su aflicción;—la vieja Susana está echada y muy enferma;—y las dos se hallan en un terrible apuro;—porque no pueden adivinar cual es su enfermedad.

El marido de Betty se ha ido al bosque donde permanece semanas enteras:—es leñador y se halla muy lejos, en el valle.—No hay nadie que pueda ayudar á la pobre Susana Gale!...—Qué hacer Dios mio? y qué será de ella?...

Betty ha ido á la pradera, en busca—de su *pony* (1), que es la dulzura y la docilidad misma;—ya esté alegre ó triste ya vague en libertad por los campos,—ó camine cargado de haces de leña.

Héle aquí, con sus arreos de viaje.—A la luz de la luna, Betty Foy—ha colocado sobre la silla, bien firme,—(jamás se vió una cosa igual)—al niño querido, á su niño idiota.

Y es preciso que parta sin tardanza,—que atraviere el puente, cruce el valle,—pase cerca de la iglesia y suba la colina; para traer un doctor de la villa....—sinó vá á morir la pobre Susana Gale.

No hay necesidad de botas ni de es-

(1) Caballo de una raza muy pequeña, que se cria en las montañas de Escocia.

puelas,—no hay necesidad de látigo;—por que Johnny lleva su varilla de acebo,—y se pone á blandirla con ruido;—sí, á blandir con la mano su rama verde.

Y Betty ha dicho y repetido,—al niño que es toda su alegría;—lo mismo el camino que ha de seguir, que los que debe evitar;—lo que ha de hacer y lo que no ha de hacer;—donde ha de tomar á la izquierda, donde á la derecha.

La recomendacion mas apremiante de Betty,—ha sido esta: «Johnny! Johnny! tén cuidado sobre todo,—de volver á casa y de no detenerte en ningun lado.—Vuelve á casa, suceda lo que suceda;—lo oyes Johnny? házlo así, te lo suplico.»

A lo que Johnny contesta, con la cabeza, con la mano,—y sacudiendo orgullosamente su varilla:—y no escasea sus discursos,—que Betty sabe comprender tan bien.

Y ahora que Johnny vá á partir,—Betty está trastornada;—ella acaricia dulcemente el cuello del *poney*,—sobre el que vá á trotar su niño idiota,—y no parece tener prisa alguna de que parta.

Pero, cuando el *poney* se pone en marcha,—qué momento para el pobre niño idiota!—En su alegría no puede casi tener las riendas:—en su alegría no mueve ni brazos, ni cabeza.—Sí, está como petrificado por la alegría!

Y mientras el *poney* se aleja,—se hubiera podido ver, en la mano derecha de Johnny, la rama verde, recta é inmovil.—La luna que brilla encima de su cabeza,—no está mas quieta, ni mas callada que él.

Su corazón se halla tan lleno de alegría,—que hasta que ha andado cien pa-

sos,—olvida completamente su varilla de acebo,—y todos sus talentos de equitacion.—Dichoso, dichoso, tres veces dichoso Johnny!

Entre tanto, en el dintel de la puerta, su madre—está clavada, con la cara radiante de satisfaccion,—orgullosa de sí misma y de él.—Ella lo contempla con su equipo de viajero.—Oh! que tranquilamente vá su Johnny!

El silencio que guardaba el niño idiota,—llena de esperanza el corazón de Betty.—Védle que ha llegado al recodo y vuelve á la derecha: ella lo mira hasta que lo pierde de vista,—y aún entonces, no quiere Betty alejarse de allí.

Brr! brr! los labios de Johnny hacen ahora brr!—tan fuerte como un molino, ó poco menos;—el *poney* camina tranquilamente, como un cordero,—Jonny hace todo el ruido que quiere,—y Betty lo escucha, feliz al oírlo.

Ella corre á seguida, en auxilio de Susana Gale:—su mensajero va de buen humor;—los buhos chillan, los mochuelos silban,—y los labios de Johnny hacen brr! brr! brr!...—mientras prosigue su camino á la claridad de la luna.

El y su caballo se entienden perfectamente;—porque el *poney* es tan manso,—que, aún cuando perdiera sus ojos y sus orejas,—y viviese mil años,—conservaría siempre su buen carácter.

Pero es un caballo de reflexion,—y cuando reflexiona, su paso es mas lento.—Tanto que, aún conociendo como conoce al pobre Johnny,—no podría asegurar por su honor,—si es que lo lleva sobre su lomo.

Así van los dos por los senderos que

ilumina la luna;—después á la claridad de la luna, cruzan el valle,—después pasan por delante de la Iglesia, después suben la colina,—para traer de la villa un doctor,—que cure á la pobre vieja Susana Gale.

Y ahora, Betty, junto al lecho de Susana,—comienza á tranquilizarse un poco;—con el vaso ó la taza en la mano, sentada,—y grave, como si de la vida de Susana—dependiera su suerte en este mundo y en el otro.

Que buena criatura es Betty!—Se vé claramente en su cara;—podría, con el exceso de felicidad que siente,—prestar cinco años de dicha ó mas,—á quien tuviera de ello necesidad.

Y, sin embargo, yo creo, que en algunos momentos,—Betty siente cierto malestar:—escucha atentamente en direccion al camino,—y oye en él muchos ruidos,—de que no quiere hablar á Susana.

La pobre Susana suspira, la pobre Susana se queja.—«Tan seguro como hay una luna en el cielo,—dice Betty, Johnny vá á venir;—los dos estarán de vuelta.. (son cerca de las diez)—antes de las once, los dos estarán aquí.»

La pobre Susana suspira, la pobre Susana se queja;—Las saetas avanzan hacia las once;—el reloj dá las horas. «El no debe estar lejos,—dice Betty: estará muy pronto aquí, tan seguro como hay una luna en el cielo.»

El reloj dá las doce,—y Johnny no llega todavía.—Betty vé muy bien la luna en el cielo;—pero Betty no está tranquila,—y Susana sufre entre tanto horribles dolores.

Betty, hace cosa de media hora,—se ha permitido en su pensamiento, denigrar á Johnny:—«Es una criatura perezosa y vagabunda!...»—y toda una letanía de palabras malsonantes;—pero ahora el momento ha pasado.

Y Betty siente desfallecer su corazón,—pasado ya aquel instante.—«Cómo puede tardar tanto tiempo?—Lo habrá hecho esperar el doctor?—Susana, los dos van á estar aquí á seguida!..»

Susana vá de mal en peor,—Y Betty se encuentra en una cruel perplejidad;—y no hay allí nadie que pueda decirle,—si debe partir ó si debe quedarse!—Sí, ella está en una situación horrible.

Hé aquí que el reloj da la una,—y ni el doctor ni su guía—se ven á lo largo del camino, iluminado por la luna:—no, no se descubre á lo lejos ni hombre ni caballo;—y Betty sigue siempre junto al lecho de Susana.

Y ahora, es Susana la que empieza á temer,—una porcion de desgracias:—tal vez Johnny se habrá ahogado;—tal vez se ha perdido y no lo hallarán jamás....—lo que sería para las dos causa de eternos remordimientos.

Queriendo insinuar algo de esto, ella prelude—con un «Dios quiera que me equivoque!..»—A la primera palabra de Susana,—Betty se levanta de pronto y exclama:—«Susana quisiera poder quedarme á vuestro lado.

«Pero es preciso que os deje, es preciso que parta.—Ya veis. Johnny sólo es razonable á medias...—Susana, debemos tener cuidado de él,—si se ha herido, si está moribundo!..»—«Oh! no lo quiera Dios!» gime la pobre Susana.

Qué debo hacer? dice Betty preparándose.—Qué puedo hacer para aliviar vuestra pena?—Buena Susana, hablad y me quedaré.—Me dá pena dejaros así;—pero estaré muy pronto de vuelta.»

Nó Betty, marchaos! marchaos buena Betty!—Nada puede aliviar mis dolores.—Entonces Betty se marchó; pero rogando—á Dios conserve la vida de Susana,—hasta su regreso.

Ella corre por los senderos que alumbraba la luna;—después, siempre á la luz de la luna, atraviesa el valle...—Referir cómo marcha, cómo corre,—y todo lo que se dice á sí misma,—sería ciertamente demasiado largo.

A derecha e izquierda, delante y detrás,—en todo objeto, grande ó pequeño, redondo ó cuadrado,—y en los árboles, en las torres, siempre ve á Johnny!—En los matorrales y en las ginestas, negro ó verde,—es Johnny; Johnny siempre y en todas partes.

Y, mientras atraviesa el puente, le asalta—una idea que atormenta su corazón.—Tal vez Johnny se habrá apeado del caballo,—para ir á cojer la luna en el agua,—y ya no lo vuelve á ver nunca!...

Elega por fin á lo alto de la colina,—en medio de una inmensa soledad.—Allí no están ni Johnny ni su caballo,—entre las matas y los juncos;—allí no están ni el doctor ni su guía.

«Santos del cielo! qué le habrá sucedido?—Habrá tripado á algun roble,—dónde permanecerá hasta que muera?...—Se habrá extraviado maliciosamente?—se habrá unido á alguna cuadrilla errante de bohemios?...

«Quién sabe si el travieso *poney* lo habrá conducido,—á la caverna sombría de la montaña,—ó á las ruinas del antiguo castillo,—en que se aparecen las sombras de los muertos,—ó habrá caído con él en la cascada!...

Y Betty se incomoda con la pobre Susana,—mientras corre apresuradamente

hacia la villa:—«Si Susana no se hubiera puesto enferma,—yo tendria aun á mi lado,—á mi Johnny, hasta el día de mi muerte.»

La pobre Betty, en su desesperacion,—no perdona siquiera al doctor;—y dice contra él cosas indignas y absurdas,—y tambien el *poney*,—el mas dulce de los animales, tiene su parte.

Por último llega á la villa.—Ella se precipita hacia la casa del doctor.—Reina el silencio por todas partes:—la villa, tan grande y tan poblada,—está en aquel momento muda como el cielo.

Héla ya en la puerta del doctor;—ella levanta el aldabon, y pum, pum, pum!... Se abre una ventana y aparece el doctor,—que mira con sus ojos brillantes medio cerrados,—mientras atusa sus patillas con las manos.

«Oh! doctor, doctor! dónde está mi Johnny?»—«Héme aquí, que me quereis?»—Ah! señor, ya sabeis, yo soy Betty Foy,—y he perdido á mi pobre hijo;—vos le conocéis bien... lo habeis visto muchas veces.

«El no tiene tanto talento como los otros.»—«Dejadme en paz con su talento dice—el doctor mal humorado:—qué quereis que sepa yo de él, buena mujer?»—y murmurando, vuelve á cerrar la ventana.

«Ah! desgraciada de mí! desgraciada de mí!—Voy á morir de penal Quiero morir aquí!—Yo creia encontrar aquí mi niño,—y no está aquí ni en ninguna parte... Oh! que madre tan desgraciada soy!»

Se detiene, se endereza, mira á su alrededor...—hacia dónde debe dirigirse? ella no lo sabe.—Pobre Betty! su pena sería menor,—si tuviera valor para llamar otra vez.—En el reloj de la villa, dan las tres... toque fúnebre!

Al oír la campana, huye á través de las calles desiertas...—Es acaso extraño que haya perdido su presencia de espíritu?—La noticia le ha producido tal im-

presión,—que ha olvidado enviar el doctor en auxilio de Susana Gale.

Védla! ya está de nuevo en lo alto de la colina;—desde donde puede descubrir gran parte del camino:—«Oh! dolor! tengo cerca de sesenta años,—y no he pasado nunca una noche tan terrible!... No se vé por ningún lado alma viviente!»

Escucha y no oye nada,—ni pasos de caballo, ni voz de hombre.—Los arroyos corren con dulce murmullo:—se oiria casi crecer las plantas,—en aquel momento, si eso fuera posible.

Los mochuelos cruzan á veces el azulado espacio, y se llaman unos á otros—con sus extraños hó! hó!—que resueñan temblorosos por todas partes,—aviados á largas distancias por el eco, de colina en colina.

La pobre Betty ha perdido ya toda esperanza:—y se vé asaltada por pensamientos de desesperación.—Acaba de pasar junto á un estanque rodeado de juncos,—y se aleja de él corriendo,—para no ceder á la tentación.

Después, se sienta un instante y llora;—jamás durante su vida ha llorado tanto!—«Oh! mi querido *poney!* mi dulce alegría!—vuélveme á mi niño idiota,—y no te haremos llevar nunca cargas pesadas como ahora.

En aquel momento le ocurre una idea.—«El *poney* es dócil y manso,—y siempre lo hemos tratado con cariño;—tal vez ha seguido el sendero del valle,—y ha llevado á Johnny al bosque.»

Se levanta, y corre, como si tuviera alas.—Ya no le asaltan pensamientos criminales:—aun cuando Betty viera cien estanques,—lo último que le ocurriria —arrojarse á ellos.

Mas, que hacen entre tanto Johnny y su caballo?—Tal vez en aquel instante, vayan los dos,—por las altas cimas de las montañas,—y se empeña Johnny en cojer una estrella con la mano,—para llevarla á casa en el bolsillo.

¿ Tal vez ha dado una vuelta en la silla,

poniéndose de espaldas á la cabeza del caballo,—y abismado en un mundo y tranquilo éxtasis,—silencioso como el caballero fantasma,—baja lentamente por el valle.

Tal vez persigue los corderos y las ovejas,—qua pacen solos en la llanura,—como un cazador feroz y terrible,—persigue las fieras de las montañas,—y se propone asolar toda la comarca.

Tal vez, con los ojos encendidos, lanza su caballo,—como un verdadero géñio del mal,—y galopa adelante sin detenerse, y galopará así, cada vez mas lejos, con espanto de los que temen al diablo...

Pero... quién es el que se vé, allá abajo, cerca de la cascada,—cuyas ondas tumultuosas se precipitan con estruendo? ..—Iluminado por los pálidos rayos de la luna,—indiferente, como si el mundo no existiera para él, se mantiene erguido, sobre un caballo, que padece tranquilamente.

A su caballo, inmóvil como él, parece haber abandonado las riendas;—y no se cuida tampoco—de los árboles, de la luna, ni de las estrellas...—Si, es Johnny! ¡Johnny! no hay duda!...

Es Johnny, y es su *poney!*—En dónde está, en dónde estará ahora Betty Foy?—Su dolor la ha extraviado:—oye el estruendo pavoroso de la cascada,—y no puede descubrir á su niño idiota. ..

Calmad vuestros temores buena Betty.—Por qué os deteneis Betty Foy?...—Ella sale de entre los árboles,—y descubre de pronto,—al niño querido, al niño idiota...

Ella duda todavía... extiende los brazos...—grita... enagenada de alegría;—se lanza, en fin, con la violencia del torrente...—casi ha derribado al caballo!—abrazo con todas sus fuerzas al niño idiota!...

Johnny hace brrl y rie á carcajadas;—si es de placer ó de malicia,—yo no sabré decirlo; pero cuando él rie,—Betty

rie también con él;—llena de gozo, al ir de nuevo á su niño idiota.

Si, ella abraza una y otra vez,—á su niño querido, á su niño idiota,—y, como sofocada por su felicidad,—Betty derrama algunas lágrimas.

Ella acaricia también al *poney*:—en dónde está? qué hora es?—ella no sabe nada!—Qué le importa de todo?—Se siente tan dichosa, la buena Betty Foyl..

«Oh! Johnny, no pienses ya en el doctor:—tú has hecho lo que has podido y todo está bien.»—Y diciendo esto, coje la brida,—y aparta suavemente la cabeza del *poney*,—de la ruidosa cascada.

Entre tanto, las estrellas han desaparecido,—la luna se oculta detras de la colina, apenas se distinguen sus últimos resplandores,—y los pajarillos comienzan á agitarse,—aunque permanecen callados en sus nidos.

El *poney*, Betty y su niño,—caminan lentamente entre los árboles.—Pero quien es la mujer que á tales horas,—sube con paso trabajoso el sendero escarpado?—Quien es, si no es Susana Gale?

Largo rato había estado Susana, entregada á sus cavilaciones:—un sin número de horribles presentimientos la habían asaltado,—respecto á la suerte de Johnny y de su madre;—y mientras su espíritu iba de mal en peor,—su cuerpo espermentaba algun alivio.

Ella se volvió y se revolvió en su lecho; agitada por sus dudas y sus terrores;—ella discutió, una per una, todas las contingencias;—y mientras su espíritu luchaba así,—su cuerpo iba encontrando algun alivio.

«Ay de mil Qué habrá sido de ellos?—Esta incertidumbre es insoportable: quiero ir en su busca...» Y al decir esto,—Susana había saltado del lecho,—como curada por un milagro.

Ella camina, subiendo y bajando los collados,—y llega al extremo del bosque;—descubre á sus amigos, y lanza un grito de bienvenida.—Fué aquel un

encuentro tan dichoso,—como haya podido haberlo nunca en la Cristiandad.

Los mochuelos terminan apenas su último canto,—en el instante en que los cuatro viajeros, llegan á la cabaña.—«Cuéntanos Johnny, dice Betty,—dónde has estado, y lo que has visto, y lo que has oido;—y ten cuidado Johnny, de decirnos la verdad.»

«Pero Jonny había estado oyendo toda la noche,—á los mochuelos, que se llamaban unos á otros;—había visto sin duda la luna;—porque su viaje había durado, desde las ocho de la noche, hasta las cinco de la mañana.

Así pues, á las preguntas de Betty,—contesta con el aplomo de un experto viajero,—os repito sus mismas palabras:—«Los gallos han cantado, hóu—hóu!—hóu—hóu!—y el sol ha hecho frio toda la noche!»

Así respondió Jonny en su orgullo,—y esta fué toda la historia de su viaje.

W. WORDSWORTH.

## Coleccion

de Sermones morales, Panegiricos, Homilias y Pláticas para Asociaciones religiosas.

OBRA ORIGINAL,

compuesta por el

**DOCTOR DON ZACARIAS METOLA,**

*Canónigo Lectoral de la S. I. M. de Burgos*

Cuatro tomos en pasta. Los Señores Sacerdotes pueden adquirirla por celebracion, en el *Centro Católico*, y dirigiéndose al autor los de afuera, con un recibo en que bajo su firma se encarguen de celebrar *pro intentione dantis* 12 Misas con Responso.

Precio en rústica 13 pesetas; en pasta 16; para afuera 1 peseta mas y 50 cénts.

Imp. CATÓLICA, Huerto del Rey, 13.